

## LOS ECOS

*Al volver todo es triste.* El paisaje fugaz a través del cristal me devolvió recuerdos muy lejanos olvidados hacía mucho tiempo. A medida que el tren se acercaba un melancólico humor me invadió postrándome hasta el desfallecimiento. El tren se detuvo en mi estación y me costó levantarme para salir del vagón y apearme del tren. Bajaron mis baúles y el tren se marchó. Nadie me aguardaba en la estación, confuso y decaído me senté en un banco y esperé. No me pregunté por qué había vuelto porque sabía que no me quedaba otra alternativa, sino si de verdad había vuelto, si de verdad podría volver. Habían pasado muchos años y todo permanecía igual, pero yo era tan extraño como un forastero y los recuerdos tan ajenos que apenas podía pensar que fueran míos.

Nadie apareció en la estación, dejé los baúles y marché hacia la casa. En el pueblo me crucé con algunos lugareños que me miraron desconfiados y me saludaron con el recelo que se tiene en los pueblos a los extranjeros. Seguí por un camino de tierra; era principios de otoño y amenazaba lluvia, el camino atravesaba entre prados verdes y pisaba sobre las hojas amarillas de los castaños que bordeaban el camino con la cabeza caída por el abatimiento y sin levantar la mirada del suelo. Empezó a llover, de repente una ráfaga de viento se llevó mi sombrero y me trajo el olor dulce de la tierra empapada de lluvia, un aroma que no había respirado en décadas. La súbita fragancia me atizó la memoria abrumándome con tantos recuerdos que trastocó mi percepción y durante unos segundos volví a ser el niño dichoso que fui antes de que mis padres murieran.

Me había detenido, aturdido como si me hubieran golpeado, levanté la cabeza para respirar más hondamente esa fragancia y divisé la mansión; frente a mí se levantaba señorial la casa solariega de la familia de mi madre, maciza de piedra almagre, las ocho profundas ventanas de la fachada, el escudo de armas de la familia y el tejado a cuatro aguas de crudas tejas rojas.

Casi treinta años habían pasado, treinta años desde la noche que me arrancaron de la cama en mitad del sueño y apresuradamente me llevaron a la estación. Me metieron en un tren y me dejaron a cargo del revisor. Era muy pequeño y estaba solo por primera vez, me sentí abandonado y lloré hasta que caí piadosamente dormido. Me despertaron al amanecer y me subieron a otro tren que iba a Francia. En una pequeña ciudad del sur me esperaban unos familiares a los que nunca había visto. Pregunté por mis padres, llamé a mis padres, reclamé a mis padres pero nadie dijo nada. Dos meses después, al

comenzar el otoño, me metieron interno en un colegio en Ginebra. Me prometieron que en Navidad volvería a casa. En Navidad recibí una breve carta de mi abuelo diciéndome que mis padres habían muerto y que ese año me quedaría en el colegio; nada más. No recibí respuesta a las repetidas cartas que le envié preguntándole qué había sucedido, suplicándole que me sacara de ese colegio horrible y me llevara a casa a vivir con él. Mucho más tarde supe que mi padre había disparado a mi madre y luego se había volado la tapa de los sesos.

Estuve en ese colegio nueve años y no salí un solo día de Ginebra, nadie vino a visitarme y la única correspondencia que recibía se limitaba a la rutinaria carta navideña de mi abuelo prometiéndome regresar al año siguiente. Al terminar el último año de bachillerato, mi abuelo vino a Ginebra, yo quería ir a casa enseguida pero él se empeñó en viajar por Europa durante unas semanas. Recorrimos el continente de Norte a Sur, de Este a Oeste, y en dos meses no salimos apenas del tren. El viaje fue espantoso, era la recompensa por mi brillante bachillerato.

En la última escala del viaje, Londres, me llevo a un burdel. Subimos a las habitaciones cada uno con una mujer. Yo me limité a vomitar en una palangana. De vuelta al hotel me informó que al día siguiente regresaba a España, solo, y que yo iría a Oxford. Humillado y con la voluntad vencida me sometí a su decisión como a un designio superior. Me despedí de él en la estación Victoria sin saber que no lo vería nunca más.

El primer año en Oxford no fue muy distinto a los del colegio en Ginebra, amparaba la soledad y el aislamiento en el estudio, dedicando a las asignaturas del curso casi todo mi tiempo y llegando a sobresalir en alguna de las más aborrecibles. Pero poco a poco fui conociendo la vida más relajada de ciertos ambientes de la Universidad. Hice amigos entre los más disipados y me entregué a las diversiones que ofrecían. Dejé de estudiar y de asistir a clase y me dediqué por entero a los placeres más escandalosos. Llegué a ser el más licencioso de entre mis camaradas destacando sobre los demás en todos los vicios. Me convertí en el más depravado, derrochador y pendenciero; fui muy popular en aquellos años. El viejo me escribía reprendiéndome por tanto gasto y amenazándome con cortar el dinero si seguía con esa vida de derroche, pero yo sólo tenía que amagar con volver para que el dinero fluyera con más caudal aún que antes.

Me acabaron echando de la Universidad por un escándalo con una criada de mi Casa. Escribí al viejo, me ordenó terminar mis estudios en Cambridge y me mandó más dinero para que me estableciera en la universidad. Me marché a París y le pedí más dinero. Al

principio tardó en enviarlo, pero llegó finalmente y ya no hubo más excusas: tendría todo el dinero que quisiese mientras no volviera. En París frecuenté con asiduidad cafés y lupanares y casi me hice indispensable en los más canallas. Ciertos problemas con la policía me obligaron salir de Francia.

De París me marché San Petersburgo, de ahí a Estambul, de Estambul a Berlín, de Berlín a Alejandría, de Alejandría a Bombay, de Bombay a Shanghai, de Shanghai a San Francisco, de San Francisco a Nueva York, de Nueva York a San Luis... Recorrí buena parte del mundo deteniéndome sólo en las ciudades que me procuraban placer y diversión. Yo sólo me preocupaba de gastar el dinero que me mandaba el viejo.

En Buenos Aires recibí una carta de España. Me urgía volver, el viejo había muerto y el dinero se había acabado.

En Madrid leyeron su testamento, era el único heredero, me lo dejaba todo, la mansión donde mis padres habían muerto y algunas hectáreas de terreno alrededor, no quedaba nada más. Se establecía además un derecho de uso y habitación para Felisa, la guardesa que cuidaba de la casa desde antes que yo naciera.

Me aconsejaron los abogados que arrendara los terrenos adyacentes a la casa para conseguir una pequeña renta. Accedí a su propuesta y lo dejé todo en sus manos. Me entretuve en Madrid unos días y partí para la casa.

Gotas que no eran lágrimas me despertaron de ese ensueño, llovía copiosamente y la luz del crepúsculo ya se apagaba. Recogí el sombrero del suelo y me apresuré a la casa.

Felisa me esperaba desde hacía días y tenía todo preparado para mi llegada. Apenas había envejecido en todo el tiempo que había pasado. No es tanto que se hubiera conservado bien, es que ya era vieja cuando era joven, y eso ayuda bastante. Había sido una mujer grande y había achicado un poco, el pelo más gris y el abundante bozo se había tornado blanco. Parecía un general prusiano. No nos habíamos llevado bien cuando era pequeño, a pesar de eso me sorprendió su fría acogida.

La casa era grande y sólo ocupábamos una parte de la planta de abajo. Mi cuarto, un pequeño salón y un despacho era todo lo que precisaba. El cuarto de Felisa pegaba a la cocina. Ella sostenía la casa y procuraba todo lo necesario para mantenerla: la limpiaba, cocinaba, cortaba leña y cuidaba de un pequeño huerto. En una parte de la planta de abajo se habían dispuesto unas cuerdas para los animales y un pajar. Había gallinas, cerdos y dos vacas. Felisa también se ocupaba de los animales. El resto de la casa estaba abandonada a las arañas y el polvo.

No me importaba el retiro forzoso. Aunque no se puede decir que fuera joven me encontraba prematuramente cansado y envejecido, los años de excesos me habían corrompido. Me levantaba tarde, entrada la mañana, y comía en la cama. Por la tarde leía un poco y dormitaba. Al atardecer bajaba al casino del pueblo o salía a pasear y disparar unos tiros con la vieja escopeta de mi abuelo. Volvía de noche cerrada y cenaba las sobras de la comida. Después me sentaba frente a la chimenea del salón a beber aguardiente, y bebía toda la noche hasta que me dormía placidamente embriagado.

En la casa pasaba con mis padres largas temporadas en verano. Yo fui su único hijo y el único nieto de mi abuelo, imagino que debía estar muy malcriado. La casa me hacía pensar en ellos a menudo. Recuerdo a mi madre como una mujer muy hermosa, pero de una belleza nada común. Tenía el pelo lacio, largo y muy negro, y los ojos oscuros, grandes y profundos; mirar dentro de ellos era como asomarse a un pozo en la noche. Era apacible y paciente, muchas veces se quedaba repentinamente ensimismada, callada, como atrapada por una meditación, con los ojos muy abiertos, sin parpadear, y su profunda mirada oscura perdida atisbando algo que los demás ni siquiera sospechábamos. Era menuda y daba la impresión de ingravidez, de apenas ser; si soplaba el viento y la veías pasear por el jardín de la casa con su caminar tranquilo y su leve pisar, parecía que una racha de viento se la llevaría como un diente de león por la brisa. En aquellos prolongados veranos no iba al colegio y ella hacía de institutriz, dábamos clase por las mañanas y andábamos largos paseos por las tardes, hablábamos mucho y de cualquier cosa, pero también podíamos estar taciturnos, juntos podíamos estar callados, callados podíamos estar juntos. Ella me despertaba todas las mañanas y me leía todas las noches en la cama antes de dormir, su sosegada voz era lo primero y último que escuchaba en el día; compartimos mucho tiempo y de ella son mis mejores recuerdos. Mi padre iba y venía de la casa, era marino mercante y viajaba a menudo. Mis recuerdos de él son menos que de mi madre y por alguna razón me parecen más lejanos. Su aspecto era rudo, muy robusto y con una barba negra muy poblada que le llegaba casi hasta los ojos. Entre la barba se dejaban ver unos labios carnosos y oscuros y unos ojos diminutos de gran viveza e inteligencia. Su mirada era escrutadora y severa y atemorizaba a todo aquel en quien la fijaba. Su voz atronaba, no tenía que gritar para que se le oyera desde lejos, parecía salir de las más profundas entrañas y resonaba como un eco. No tuve nunca mucho trato con él, pero se me aparecía como un hombre muy riguroso; yo le guardaba un temeroso respeto. Tengo un recuerdo suyo que todavía me

conmueve; cerca de la casa corre un río de corriente muy rápida y con remolinos, cien veces me habían advertido que no me acercara porque era muy peligroso y podía ahogarme. Por travieso, estúpido o aventurero, una mañana me arrojé al río. La corriente me arrastró con mucho ímpetu, no podía salir del río y me entró pánico. Grité pidiendo socorro y unos labriegos que trabajaban en sus huertos cerca del río me consiguieron sacar. Cuando aparecí por casa, empapado y tapado con una manta, se alarmaron mucho y mi madre, del susto, me dio una bofetada y me mandó a mi cuarto castigado todo el día sin comer. Pero lo que yo realmente temía era cuando mi padre volviera y se enterara. Esa misma noche llegó a casa de un viaje. Oí que subía las escaleras, me metí en la cama y fingí dormir. Entró en la habitación y se acercó a la cama, me acarició el pelo y dijo: *cuídate hijo, que me tienes que durar*. Y se quedó un rato largo en el cuarto sentado al lado de la cama.

Por lo demás, la casa no conservaba un vestigio de ellos. Antes de venir imaginé que la casa sería algo así como un museo consagrado a la memoria de mi madre, la hija adorada de mi abuelo. Al principio fue un alivio descubrir que no era así, pero me terminó inquietando la deliberada desaparición de cualquier objeto que la evocara. No había en las paredes ningún daguerrotipo de ella ni en los baúles una prenda suya; una discreta mesa tapada por una sábana ocupaba el lugar del piano que ella solía tocar para mi abuelo, su cuarto de juego con sus juguetes que permaneció más allá de su niñez y que yo usurpé con mi jugar estaba ahora profanado por aperos de labranza; incluso el retrato de cuando ella era muy joven pintado por una afamado retratista y que ocupaba un lugar preeminente en el salón había sido descolgado y lo suplía una infame copia de un bodegón de algún pintor de segunda. El cuadro debía tener algún valor más allá del meramente sentimental y pregunté a Felisa por su paradero.

- No recuerdo el retrato del que me habla.- Me dijo de forma tajante, como a quien se le pregunta inesperadamente por un secreto que no puede revelar.

Lo describí para que tratara de recordarlo.

- No lo recuerdo, no lo recuerdo.- Repitió nerviosa e intentó retirarse.

No la dejé huir e insistí hasta que pareció recordar.

- Creo que su abuelo lo vendió...

- Imposible, amaba ese retrato.

- Necesitaba el dinero para enviárselo a usted.- Dijo y sentí todo el desprecio que me tenía.

- Habría vendido antes esta casa que ese retrato.

- Esta casa no la podía vender.

No supe que más decir y ella aprovechó para salir de la habitación.

En realidad no me extrañaba, durante años yo había fingido olvidar; después de mucho tiempo tratando de saber, había preferido no recordar. Nadie jamás me contó qué sucedió aquella noche, qué oscuridad detrás de esa noche los abatió. Sentí el crimen, más allá de los disparos, de mi desamparo y agonice por saber; no para entender, sino para juzgarlos, culparlos y condenarlos en mi descargo. Qué infamia cometió quien que, acaso por un segundo, los distrajo de mí para siempre. Me obsesioné por saber hasta casi la locura; quizá fuera yo esa infamia... Entonces me arrepentí, súbitamente no quise saber, quería ignorar más allá del simple desentendimiento. Como un converso arrepentido, con más ansia aún con la que antes sufrí por entender, traté de olvidar, y lento como una agonía me fue entumeciendo el corazón tal cual adormece el opio el sosiego de algo así como el perdón.

Una noche me despertó un ruido en la casa. Había bebido mucho y me había quedado dormido en la butaca frente a la chimenea. Como pude me levanté porque estaba muy borracho y tambaleándome salí del salón. Oía un rumor de voces en algún lugar de la casa pero no acertaba dónde. Deambulé como un fantasma persiguiendo las voces, me iba apoyando en las paredes pues el suelo se movía y balanceaba como un barco en una galerna. Abrí puerta tras puerta, escudriñé grandes habitaciones vacías, inquirí a lisas paredes calladas y transité largos pasillos silenciosos. Corrí por la casa enloquecido buscando las voces, chocando con los muebles, levantando el polvo de años y arrastrando telarañas. Llegó un momento que no sabía si las voces venían de la casa o de dentro de mi cabeza. Desquiciado, me senté en el suelo en una de las habitaciones, apoyado en la pared, mesándome el pelo de las sienes y golpeándome la cabeza con los puños, gritando y lloriqueando.

Me debí quedar dormido porque con los primeros rayos de sol me desperté en la habitación, tendido sobre el polvo y revolcado en mis vómitos. Sentía muchísimo frío, los dientes me castañeaban y mi cuerpo temblaba hasta las convulsiones. Conseguí levantarme y casi arrastrándome llegué a mi habitación.

Enfermé. Una pulmonía me dejó postrado en la cama durante semanas. Tuve fiebres altísimas y me sentí morir. Había días que parecía mejorar pero acababa recayendo en una fase aún más severa de la enfermedad. Algunas noches deliraba de fiebre y veía a

mis padres mirándome macilento en la cama con ojos afilados de ferocidad. Se avergonzaban del hombre corrompido en que me había convertido, me reprendían por haber llevado esa vida de excesos y me reprochaban que los hubiera olvidado. Yo les gritaba que se marcharan y ellos se empezaban a reír a carcajadas y a medida que se reían sus cuerpos se convulsionaban y se transformaban. Mi madre envejecía, su cuerpo se quebrantaba y profundas arrugas hendían su rostro formando extraños dibujos simétricos; su boca sin dientes reía con repulsivos chillidos. Mi padre se agigantaba, el pelo y la barba se volvían fuego y los ojos resplandecían con un demoníaco resplandor rojizo. Su risa sonaba como un trueno en una caverna y la respiración como un fuelle soplando en la fragua. La visión era aterradora, yo empezaba a gimotear, me arrastraba por el suelo, les suplicaba que me perdonaran y tuvieran piedad de mí, pero ellos no dejaban de reír. Felisa me recogía del suelo muchas mañanas desmayado y temblando de fiebre, pero en el delirio creía que venía a matarme y trataba de luchar con mis debilitadas fuerzas hasta que me volvía a desmayar.

La recuperación fue lenta, convalecí durante todo el invierno, sin acabar de sanar. A principios de primavera pude salir de casa, casi estaba restablecido, pero mi salud se había resentido por la larga y penosa enfermedad; me encontraba muy débil, parecía que los pulmones se habían encogido y cualquier esfuerzo físico me ahogaba y me hacía toser hasta el vómito. Dejé de fumar y reduje el consumo de aguardiente a dosis moderadas. También cambié mis costumbres en la casa; me levantaba temprano y daba tranquilos paseos vespertinos. Ayudaba a Felisa en las tareas de la casa que mi quebrantada salud me permitía, aunque Felisa no lo necesitaba y ni siquiera parecía agradecerle. Por las tardes descansaba y leía periódicos y novelas hasta al atardecer. A esa hora, mi preferida después de la enfermedad, salía de la casa abrigado y cogía el camino del pueblo y cuando llegaba a un otero desde el que se divisaba la torre de la iglesia, me sentaba en un tocón de castaño confortable a esperar que el sol se ocultara en el horizonte. Luego volvía por el mismo camino y al llegar a casa ya era de noche. Cenaba frugalmente con Felisa, a la que había obligado a desayunar, comer y cenar conmigo en el salón; para su enojo había decidido que nos lleváramos bien. Por las noches empecé a escribir mis memorias, por si a alguien le interesaba la vida de un crápula, y avivaba el recuerdo con tres o cuatro vasos de ajeno tan sólo, pero siempre trataba de acostarme temprano.

Durante toda la primavera y el verano sentí una especie de euforia sosegada que jamás había conocido, una perdurable alegría que por pudor no me atreveré a llamar felicidad. A pesar de mi debilidad física y los achaques, veía el mundo entero con una optimista lucidez, y el ánimo exaltado que me poseía me hacía disfrutar de cualquier cosa. Sólo sé decirlo así; la dicha es más difícil de plasmar en un papel que la congoja. Aunque algunas noches padecía, dormía intranquilo y tenía pesadillas. A menudo soñaba con mis padres, pero no todos los sueños eran tristes. A veces, antes del amanecer, me despertaban los disparos de los furtivos que cazaban ilegalmente cerca de la casa y no lograba volver a dormir.

Una noche que me había demorado hasta tarde en el despacho escribiendo unos pasajes sobre mis días en París, volví a oír los ruidos. Aunque había trasnochado faltando a mis propósitos de acostarme temprano y faltaban un par de horas para amanecer, sólo había bebido un par de vasos de ajeno, así que me encontraba perfectamente sobrio. No había olvidado la noche en que creí oír las voces, pero sinceramente había concluido que se debían a alucinaciones de mi cerebro envenenado por la absenta. Confieso que, sin el valor del alcohol, sentí cierto temor, pero después de unos minutos de vacilación, me decidí a inspeccionar la casa. No resultaba sencillo, era apenas un rumor muy tenue que a veces se apagaba durante minutos. Dos o tres veces recorrí la casa iluminando con la linterna cada rincón, salí y di la vuelta entera alrededor del edificio alumbrando todas las ventanas y los balcones. Varias veces llegué a una pared desnuda siguiendo las voces, pero no hallé ninguna puerta para continuar, parecían que hablaran dentro de los muros. Las voces parecían haber cesado y cuando estaba a punto de desistir, volvieron a hablar. Sigilosamente me acerqué a la pared y pegué el oído, apenas un susurro, pero quienes fueran estaban detrás de esa pared; siguiendo un impulso golpeé con el canto del puño en la pared, pero las voces no se acallaron. Por la estructura del edificio detrás de ese muro debía haber una habitación, pero no encontré puertas ni ventanas. De la inquietud primera había derivado a la angustia, la tensión me desquiciaba, mis nervios se descomponían y empezaba a perder el dominio de mi mismo. Bajé a la habitación de Felisa a punto de un ataque, quería saber si también ella oía las voces o sólo era un producto de mi sensibilidad atrofiada. Abrí la puerta sin llamar porque la agitación me consumía. Felisa estaba despierta, rezaba arrodillada detrás de la cama a la luz de un candil con un rosario en las manos.

- ¿Lo oye?- La espeté sin preámbulos. Ella no se alteró un ápice ante mi precipitada intrusión, como si me esperase.

- ¿Oír qué, Señor?- Preguntó con aparente inocencia.

- Las voces. Son voces.

Tardó un par de segundos en contestar inclinando la cabeza como si escuchara.

- Yo no oigo nada.- Dijo usando un irritante tono indulgente, como el que se utiliza con los borrachos.

- Aquí apenas llega. Suba conmigo.

- Yo no me muevo de aquí.- y toda su apariencia de tranquilidad e inocencia se desvaneció.

- También las oye ¿Verdad?

- Déjeme en paz con sus locuras.

- ¿Qué está ocurriendo? Usted lo sabe.

- Está loco, tan loco como su padre.

- Dime qué está ocurriendo o te arrastró hasta allí.

- *Padre Nuestro, que estás en los cielos, santificado...*

Salté detrás de la cama, le hice presa del cuello y la arrastré conmigo hacia las escaleras. Ella gritaba y se defendía pateando, mordiendo y arañando. Para lo vieja que era demostró una increíble resistencia y me costó mucho esfuerzo hacerle subir las escaleras. En el forcejeo me arañó la cara y tuve que golpearla con contundencia para reducirla y llevarla hasta la pared.

- ¿Dónde está la puerta de esta habitación?

Sangraba profusamente por la nariz, lloriqueaba y se negaba a contestar.

- ¿Dónde está?- Grité y le tiré del pelo con tanta fuerza que me quedé con un mechón y un trozo de cuero cabelludo en la mano.

- ¡Contesta!

- Su abuelo tapió esta habitación, no tiene ni puertas ni ventanas.

- ¿Quién está dentro? ¿Quién habla?

- Todavía no lo has adivinado. Es tu padre quien está dentro, que ni siquiera en la tumba descansa. Ahí se pudra en el infierno y tú con él.- Cada palabra pronunciada era como un eco de un odio insaciable.

Me escupió en la cara un salivazo denso lleno de sangre. Aflojé mi presa, ella se desasió y se fue de la habitación renqueante, maldiciéndome.

Me arrojé a la pared y pegué el oído. Mi padre estaba al otro lado del tabique, hablaba, susurraba con una voz quejumbrosa palabras que no acerté a entender. Traté de aguzar el oído pues alguien con una voz más tenue le respondió. Enseguida reconocí la suave voz de mi madre, con un tono más sosegado y firme que el de mi padre algo le reprochaba. No podía entender lo que decían y sólo alcanzaba a oír palabras sueltas.

Busqué algo en la habitación para derribar el tabique. Destrocé dos sillas macizas contra la pared, pero ésta no cedió. Ansioso me arrimé de nuevo a la pared abarcándola con mis brazos. Dentro sonó algo de cristal, un vaso o un jarrón, rompiéndose en pedazos contra el suelo. *Mátame, mátame...* oí con claridad decir a mi madre y en su voz sonaba una súplica.

Retumbó el ruido del disparo en las paredes. Como despedido caí en medio de la habitación y rompí a llorar.

- Madre, madre, no...

A los pocos segundos sonó otro disparo y se hizo el silencio.

Al día siguiente deje la casa, guardaba muchas cosas que no quería saber. Más tarde me enteré que habían encontrado el cadáver de Felisa cerca de la casa en avanzado estado de descomposición y que su muerte estaba rodeada de extrañas circunstancias. Mandé que cerraran la casa, que tapiaran las puertas y las ventanas. En una pensión barata de Madrid malvivo ahora, gasto lo que me queda de la renta en el aguardiente que me sirve de alimento. No viviré mucho. No volveré a la casa.